

## XXI El Mundo

«*Confidite, Ego vici mundum*».

Tened confianza, Yo he vencido al mundo

(Jn 16, 33)

Como hijos y esclavos de amor de la Santísima Virgen, debemos odiar a Satán y a sus obras: eso es lo que hemos visto en los capítulos precedentes. Los votos del bautismo y la Consagración total a Jesús por María que es su perfecta renovación, exigen además que renunciemos a las «pompas» de Satán. Estas pompas o vanidades de Satán se identifican con las máximas falaces y las empresas seductoras del mundo perverso, o al menos es imposible formarse una justa idea de estas pompas sin haber penetrado en el sentido de lo que es el «mundo», del que habla frecuentemente la Sagrada Escritura. Este es, pues, el lugar de tratar de la naturaleza, del espíritu, de las prácticas y de las empresas de este mundo malvado.

### El odio del mundo en la doctrina de Montfort

El odio y desprecio del mundo, y la lucha contra su espíritu, ocupan un lugar importante e incluso esencial en la espiritualidad del Padre de Montfort. Es cierto que, juntamente con el conocimiento y desprecio de sí mismo, no constituye más que su aspecto negativo. Pero estas disposiciones no dejan de ser un elemento distintivo y el fundamento indispensable del método de santidad del gran misionero.

De ello trata en su obra sintética demasiado poco conocida: «El Amor de la Sabiduría eterna». Debemos condenar y huir de la falsa sabiduría del mundo perverso que es *terrena, animal y diabólica*, y

---

cuidarnos mucho de no pensar, hablar y obrar como los mundanos<sup>115</sup>. En su «Carta Circular a los Amigos de la Cruz» nos hace oír un llamamiento apremiante y emotivo de Jesús exhortándonos a separarnos de quienes siguen la concupiscencia y corrupción del mundo, y a unirnos al pequeño rebaño que sigue a Jesús en su pobreza y en sus sufrimientos.

En el mismo «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen» hace alusión muchas veces a este tema, y la séptima práctica exterior del perfecto devoto de María consiste en «*despreciar, odiar y huir el mundo corrompido*»<sup>116</sup>.

De la preparación de treinta días que debe preceder a nuestra Consagración y establecer en nosotros el Reino de Jesús por María, hay que emplear doce al menos «*para vaciarse del espíritu del mundo, contrario al de Jesucristo*»<sup>117</sup>. Es indudable que Montfort había consagrado al estudio de este tema la primera parte de su libro, editado más tarde con el título de «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen». Hay que lamentar que esta primera parte se haya perdido. Afortunadamente, sus Cánticos colman en gran parte esta laguna. En estos Cánticos el tratado del mundo perverso no contiene menos de 2.500 versículos, divididos en 452 estrofas: más de una décima parte de toda su obra poética.



Además, aunque no poseyéramos su doctrina expuesta por escrito, nos quedaría su ejemplo notable, que es ampliamente suficiente para conocer su verdadero espíritu. En efecto, este es uno de los rasgos

---

<sup>115</sup> Amor de la Sabiduría Eterna, nn. 74-84, 198-199.

<sup>116</sup> Tratado de la Verdadera Devoción n. 256.

<sup>117</sup> Ibid. n. 227.

más sobresalientes del alma y de la vida de San Luis María de Montfort. Pocos santos se podrían citar que hayan seguido hasta ese punto el ejemplo de Jesús, y aplicado tan lógicamente su doctrina y la de los apóstoles. Y las persecuciones increíbles de que fue constantemente objeto por parte de los mundanos encuentran aquí su principal explicación. Si hubiese sido del mundo, el mundo lo hubiese dejado tranquilo, según la palabra de Cristo; pero porque no era del mundo, y con Jesús condenaba sus obras como malas, era inevitable que atrajese sobre sí el odio del mundo y de los mundanos.

Por lo tanto, no podemos ser verdaderos discípulos de Montfort sin establecer en nosotros este espíritu de desprecio y odio del mundo. ¡Ojalá que el espíritu de nuestro Padre, santo y fuerte, se apodere de nosotros, sobre todo en un tiempo en que casi todos los cristianos están más o menos contaminados por el espíritu del mundo, perverso y corrompido!

### ¿Qué es el «mundo»?

«Hay dos mundos», dice San Agustín: «uno creado por el Verbo y en el cual El apareció revestido de nuestra mortalidad; y otro regido por el Príncipe de las tinieblas, y que no reconoció a Jesús. “Et mundus eum non cognovit”. El primero, obra de Dios, no puede ser malo. El Génesis nos enseña que el Señor, al considerar las obras de sus manos, vio que eran excelentes: “Et vidit quod essent valde bona”. El segundo, que tiene a Satán por señor, no puede ser bueno, pues su príncipe, malvado desde el comienzo, inspira su malicia a todo lo que él domina».

Por lo tanto, cuando aquí hablamos del mundo, no nos referimos a la tierra con todo lo que contiene, ni a la humanidad en general. A veces esta palabra puede y debe ser comprendida así, puesto que con este

---

sentido la usan la Escritura y el mismo Jesús<sup>118</sup>. Pero de ordinario el Maestro le da a este término un sentido peyorativo. Por el conjunto del texto en que esta palabra es empleada, por el «contexto» como se dice, es fácil darse cuenta en qué sentido se la usa.

Tertuliano llama a Satán «simius Dei, el simio de Dios», esto es, el que de manera miserable trata de «simular» o imitar a Dios.

Jesús, el Hijo de Dios, vino a este mundo para reconciliar la tierra con el cielo y someter todas las cosas al Padre en dependencia humilde y amorosa. Tiene su doctrina, su Evangelio, elevado muy por encima de nuestras concepciones humanas, y por este motivo muy frecuentemente en contradicción aparente —aunque no real— con nuestro entendimiento. Jesús tiene sus fieles y sus discípulos. A estos discípulos los reunió en un organismo interior y exterior, su Cuerpo místico, su Iglesia, para difundir y exponer su doctrina y comunicar su vida. Para dirigir a sus fieles instituyó en la Iglesia una autoridad, que se ejerce por el Papa, los Obispos y los sacerdotes. Estos son como la osamenta de todo este organismo sobrenatural. Por su Iglesia y sus sacerdotes, por sus ministros y sus sacramentos, pero también por una influencia directa y misteriosa, atrae la humanidad hacia Él y quiere ofrecerla, formando un solo Cuerpo místico con El mismo, al Padre eterno. Este es el plan de Dios.

Enfrente de Cristo se levanta Satanás, el verdadero Anticristo, el que siempre y en todas partes está contra Cristo. Cristo, y sólo El, es el vínculo vivo entre Dios y el hombre, entre el hombre y Dios. Satán, al contrario, es la rebeldía personificada contra Dios. Su único fin es arrastrar las almas a esta insurrección contra Él. En el cielo ya no puede esperar nada; en el infierno no puede obtener más de lo que tiene; y por eso su campo de acción será la tierra, y en la tierra, la

---

<sup>118</sup> Cfr. Jn 1, 10; 12, 19; 14, 13.

única creatura dotada de razón y voluntad: el hombre. La única meta de todos sus cálculos y esfuerzos será, por lo tanto, separar al hombre de Dios y soliviantarlo contra Él. Y de este modo quien se negó a servir a Dios intentará suplantarle por medio de una especie de supremacía e imperio sobre las almas.

Simio miserable de Dios, se construirá una especie de «iglesia» para establecer este imperio y extenderlo contra la Iglesia de Cristo y el reino de Dios. Esta iglesia, este reino de Satán, es el «mundo».

Satán tiene su evangelio, sus axiomas, sus máximas, sus doctrinas falaces y mentirosas, por las que, bajo máscara de verdad, trata de seducir a las almas. Tiene también sus partidarios y satélites. En cierto sentido le pertenecen todos los que viven en enemistad y aversión con Dios. Su iglesia se compone de todos los que aceptan su doctrina y comparten sus obras, la mentira y el pecado. A las inspiraciones e influencias de la gracia opone su acción tenebrosa en las almas, acción que trata de ejercer por toda clase de órganos en el mundo, la finanza, la política, el arte, la moda, la prensa, la radio, la televisión, etc.

Así como hay grados distintos en la pertenencia al Cuerpo místico de Cristo, así también se puede estar incorporado al mundo de diversas maneras. Se puede pertenecer de manera formal, apartándose expresamente de Cristo para poner la propia vida al servicio del demonio, como los apóstatas, los perseguidores de la Iglesia, y quienes, sobre todo en los grados superiores, se inscriben en las sociedades secretas condenadas por la Iglesia. Se puede pertenecer de hecho al mundo cuando se siguen cumpliendo ciertos deberes religiosos, pero viviendo en pecado mortal, y por lo tanto sometidos a Satán. O se puede ser fiel a Cristo en todos los puntos principales, pero estar influenciado, tal vez sin saberlo, por el espíritu del mundo, y comunicar esta influencia, también sin saberlo, alrededor de sí por las propias acciones y palabras, y por toda la mentalidad.

---

Podemos considerar como organismo visible de la iglesia de Satán a algunas sociedades secretas, sobre todo la francmasonería, con sus dignatarios que recuerdan a nuestro clero; sus ritos secretos de iniciación y sus ceremonias sacrílegas, que son la parodia de nuestra santa liturgia; su organización y su acción mundial, que pretende arruinar y aniquilar la influencia universal y profunda de la Iglesia de Cristo en el mundo.

Por lo tanto, lo que Jesús designa con esta palabra «mundo», y lo que por ella nosotros debemos entender, es este conjunto de personas, doctrinas y empresas que, bajo la dirección suprema del demonio, intenta destruir el reino de Cristo y de su santa Madre, y soliviantar la humanidad contra Dios, Señor supremo y fin último de toda la creación.

Monseñor Carlos Gay resumió toda esta doctrina de manera penetrante: «El mundo es el gran recurso de Satanás, su arsenal, su ejército y el medio por excelencia de sus victorias. Él le presta ojos para mirar, labios para hablar y sonreír, manos para trabajar, escribir y acariciar; él pone al demonio en medio de nosotros, lo sienta en nuestros hogares, y le entrega todo lo que nos concierne o puede influir sobre nuestras vidas. Una palabra lo resume todo: **lo humaniza**. Así como la Iglesia es como la encarnación continuada de Jesús, su Cuerpo místico extendido en los lugares y en el tiempo, así también el mundo es como la encarnación de Satán, y realmente la iglesia del diablo. Todo lo que la Iglesia es y hace en la tierra en orden a la santificación y salvación de las almas, el mundo lo es y lo hace en orden a la seducción y perdición eterna»<sup>119</sup>.

---

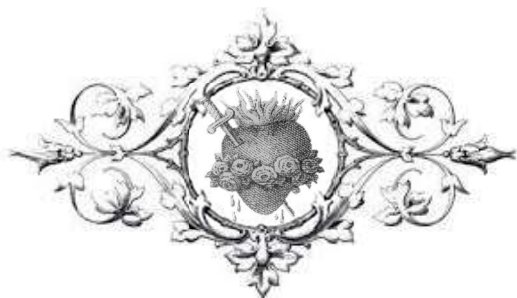
<sup>119</sup> Monseñor Charles Gay, *Vida y virtudes cristianas consideradas en el estado religioso*, tr. VIII, p. 494.

El mundo es todo eso. Es importante desde ahora atraer fuertemente la atención sobre una de sus características, sobre la cual deberemos volver más tarde. «El mundo es Satán disfrazado», escribe nuestro Padre de Montfort; «su principal padre es el demonio, aunque piense estar odiándolo». El mundo es el reino de Satán, pero construido sobre la mentira como fundamento. Habitualmente el demonio no se atreve a mostrarse como el espíritu de las tinieblas: se las da de ángel de luz. Difunde la mentira y el pecado bajo apariencia de verdad, de bien, sí, de virtud y santidad. El mundo es Satán, pero Satán enmascarado, disfrazado, y eso hace su acción mucho más peligrosa y temible.

Jesús llamó «mundo» a este conjunto de mentira, de malicia, de pecado, de corrupción, y a todo lo que a ello conduce.

¿Se piensa en todo lo que hay de horriblemente trágico en esta denominación? ¡Cómo debía encogerse su Corazón cuando pronunciaba esta palabra terrible! ¿No es espantoso que Satán haya logrado tan bien su empresa infernal; que el pecado —y por lo tanto el odio de Dios— haya progresado tanto que la tierra, la humanidad y el mundo se identifiquen casi, por decirlo así, con la malicia y la iniquidad; que el mundo y el reino de Satán sean una sola y misma cosa, y Lucifer sea designado simplemente por Jesús como «el Príncipe de este mundo»? A Dios gracias, según la palabra misma de Cristo, este Príncipe despreciable será un día arrojado fuera y expulsado del trono que usurpó miserablemente.

¡Señor, que sea pronto!



## XXII Nuestra elección

### Jesús y el mundo

Con infinito respeto debemos escuchar ahora lo que Jesús dice del mundo corrompido y malvado. Debemos meditar seriamente su enseñanza sobre este punto, y hacerla totalmente nuestra.

1º *«Yo no soy de este mundo»*<sup>120</sup>. Jesús estaba en el mundo, pero no era del mundo, no pertenecía a este mundo de perversión. Muchas veces repitió estas palabras.

Señor, para nosotros basta. Queremos estar donde Tú estás, porque Tú eres el verdadero Camino y la Vida verdadera. No podríamos vivir sin Ti: si Tú no eres de este mundo, nosotros tampoco podemos ni queremos pertenecerle.

2º *«No rezo por el mundo»*<sup>121</sup>. ¡Qué terrible palabra, Señor! Tú que trataste con tanta bondad a los pecadores, Tú que no esquivaste tu rostro al infame beso de Judas, Tú que rezaste por los verdugos que te torturaban... te niegas a rezar por el mundo. Porque se encuentra totalmente obstinado en el mal, como los demonios y condenados. ¡Qué espantoso es, Jesús, ser excluido de tu oración, la única que puede salvarnos! ¡Qué espantoso es pertenecer al mundo, que es el reino del Maligno, que es el Maligno mismo!

3º *«El mundo me odia, porque Yo doy testimonio de que sus obras son malas»*<sup>122</sup>. El mundo te odia, Maestro adorado, a Ti que eres la Belleza y la Perfección misma. La mayor desgracia, la sola desgracia en suma

---

<sup>120</sup> Jn 17, 14.

<sup>121</sup> Jn 17, 9.

<sup>122</sup> Jn 7, 7.



que pueda sucedernos en esta vida y en la otra, es la de odiarte, a Ti que eres digno de todo amor. ¡Presérvanos Señor, de esta espantosa desgracia!

4º «*¡Ay del mundo por los escándalos!*»<sup>123</sup>. Esta palabra es una amenaza, una condenación y en suma un anatema lanzado contra el mundo. Odiarte, Jesús, y llevar tu maldición es la suerte de los condenados en el infierno. Vimos una vez a una persona retorcerse de dolor porque cargaba con la maldición de su padre, que no había merecido de ningún modo. ¡Quién no se espantará ante el pensamiento de ser digno de tu maldición, cuando Tú eres quien por tu bendición lo mantienes todo en la existencia y en la vida!

5º «*Tened confianza: Yo he vencido al mundo... Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levado de la tierra, atraeré a todos hacia Mí*»<sup>124</sup>. Jesús, Tú entablas la lucha contra el mundo, contra Satán disfrazado. Tú lo vencerás, Tú lo aplastarás... Tú lo echarás afuera para siempre, allí donde hay llanto y rechinar de dientes. ¡Señor, esta palabra es para nosotros una alegría indecible! ¡Cómo deseamos que la humanidad se desprenda del abrazo mortal de Satán y sea atraída irresistiblemente hacia Ti, que eres la paz y el gozo! ¡Confiamos en tu fuerza, en Ti, el Todopoderoso! Y también ¡qué alegría para nosotros poder contribuir a esta victoria! El discípulo que Tú amabas lo dijo claramente: «*Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo*»<sup>125</sup>. Tú, Señor, has nacido del Padre, pero nosotros también, por Ti y en Ti: ¡y así nuestro triunfo es seguro!

---

<sup>123</sup> Mt 18, 7.

<sup>124</sup> Jn 16, 33; 12, 31-32.

<sup>125</sup> I Jn 5, 4.

---

De todo lo que hemos dicho se desprende neta e ineluctablemente esta conclusión: que es imposible pertenecer a Jesús y al mundo. Tenemos que elegir entre los dos: o uno u otro, pero no uno y otro a la vez. Lo que algunos intentan realizar, a saber, conciliar el espíritu del Evangelio con el espíritu del mundo, es sencillamente monstruoso. «Si alguno ama al mundo», dice San Juan, «el amor del Padre no está en él»<sup>126</sup>. «¿No sabéis que la amistad con el mundo», dice a su vez el apóstol Santiago, «es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios»<sup>127</sup>.

Tenemos que elegir.

### La Santísima Virgen y el «mundo»

Hemos descrito precedentemente a la Santísima Virgen como la encarnación y personificación del odio a Satán y al pecado. Pero como el mundo es la iglesia y el reino del demonio, su máquina de guerra más formidable, su arsenal inagotable y el medio por excelencia de sus victorias, no es difícil imaginar qué actitud de odio, de lucha y de victoria tiene la Mujer con ese mundo corrompido. Ella aborrece y combate al mundo, así como tiene aversión a Satán, es decir, así como ama a Dios, a Jesús y a las almas.

Y como en el mundo tenemos a Satán en la perfección de su astucia mentirosa, estemos bien convencidos de que la Santísima Virgen ha recibido una gracia especial —que comunica a sus fieles hijos y esclavos— para desenmascarar sus ardides, detectar sus trampas, desbaratarlas y hacerlas fracasar. Ella tendrá un cuidado especial en preservar de las mentiras e ilusiones del demonio a quienes le

---

<sup>126</sup> I Jn 2, 15.

<sup>127</sup> Sant 4, 4.

pertenecen. «*Allí donde está María, allí no está el espíritu maligno*», dice nuestro Padre<sup>128</sup>.

Un hijo de María no es hijo del mundo. Nuestra Señora hará pasar en su corazón su odio y aversión a este mundo perverso. Ella le hará discernir este espíritu del mundo donde quiera se deslice, como la víbora se oculta en una mata de flores.

¡Y el esclavo de amor de Nuestra Señora!... ¿Se comprende ahora que una aversión más profunda por el mundo debe arder en el corazón de quien quiere darse enteramente a Jesús y a María? ¿Se comprende que el menor resto de espíritu mundano, de mentalidad mundana, de costumbres mundanas, o la más mínima concesión a las prácticas y hábitos del mundo pervertido, es un hurto cometido a costa de nuestra donación total, y un impedimento a la pertenencia realmente total a Jesús y a María? ¿Y que toda nuestra donación reposa sobre nuestro desprendimiento del mundo como una casa en sus cimientos?

Por eso no debemos admirarnos de que el desprecio y odio del mundo vuelvan tan frecuentemente bajo la pluma de Montfort; de que nos haga pedir «el desprecio del mundo» como fruto de la 8ª decena del Rosario; de que establezca este odio y desprecio como una de las prácticas características de la santa esclavitud<sup>129</sup>; de que nos presente, no sólo a «*los apóstoles de los últimos tiempos*» sino a todo este «*gran escuadrón de bravos y valientes soldados de Jesús y de María*» que prevé como fruto de la práctica de su perfecta Devoción, combatiendo con todas sus fuerzas «*al mundo, al diablo y*

---

<sup>128</sup> Tratado de la Verdadera Devoción n. 166.

<sup>129</sup> Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción n. 256.

---

*a la naturaleza corrompida, en los peligrosos tiempos que van a llegar más que nunca»<sup>130</sup>.*

Una idea más, que es como la contraprueba de lo que acabamos de recordar. Si lo que acabamos de escribir es cierto, quienes más han vivido en intimidad con la Santísima Virgen deben tener también una parte selecta en su aversión y en la de Jesús por el mundo corrompido.

San Juan vivió largos años en contacto inmediato con la santísima Madre de Jesús. ¿Será casualidad que casi todos los textos evangélicos que nos describen la actitud de Jesús para con el mundo nos hayan sido conservados por San Juan, y que ningún otro apóstol, o casi, vuelva tan frecuentemente como él, en sus exhortaciones personales, sobre la malicia y falsedad del mundo?

¿Será también casualidad que San Luis María de Montfort, nuevo Juan, que no ha sido tal vez superado nunca por nadie en amor e intimidad con Nuestra Señora, tampoco haya sido tal vez igualado o superado por nadie en celo por evitar el espíritu del mundo y combatirlo a ultranza, para imponer también a los demás esta regla de conducta hacia todo lo que se resiente de la mentalidad y de las prácticas del mundo?

### Nuestra elección

Es impresionante la descripción que San Luis María de Montfort hace en su «Carta Circular a los Amigos de la Cruz» de los dos campos entre los que debemos elegir. Hace desfilar ante nuestros ojos los dos ejércitos. A derecha está el del Salvador... El mismo va a la cabeza, con los pies desnudos y cargando con la pesada Cruz, y con Él está un puñado de los más bravos soldados, para seguir el camino estrecho

---

<sup>130</sup> Tratado de la Verdadera Devoción n. 114.

que sube al cielo. A izquierda se apretuja el inmenso y brillante ejército de los mundanos, que por el camino ancho corre a la perdición...

Jesús nos dirige entonces su llamamiento conmovedor: «¿*También vosotros queréis abandonarme?*». ¿Queréis dejarme huyendo de la cruz como los mundanos, que son otros tantos Anticristos, «*Antichristi multi*»?

No dudemos un solo instante. ¡Nuestra elección ya está hecha!

La naturaleza podrá gemir y quejarse al pensamiento de lo que Jesús nos pedirá. Pero la voluntad, el amor, el alma será más fuerte que la carne. ¡Renunciamos al mundo, a sus vanidades y a su concupiscencia!

El mundo no puede satisfacernos, llenar nuestro corazón, apagar nuestra sed de felicidad verdadera... ¡No deja en definitiva más que vacío, decepción y amargura!

La Iglesia de Cristo, cierto, es militante y sufriente; pero también triunfante. Y esto es lo que Satán no ha podido simular o imitar: él no tiene iglesia jubilosa, triunfante. El mundo, en definitiva, es el infierno, ya que este es su fruto y su resultado. ¡El infierno es el verdadero reino del pecado, de la malicia, de Satán!

Mas nuestra elección no viene dictada tanto por el temor como por la caridad. ¡Y nuestro amor es María, es Cristo, es Dios! ¡Odiamos y maldecimos al mundo, porque con todas nuestras fuerzas amamos a Jesús y a María!

¡Renunciamos al mundo!

Estando en el mundo, no queremos pertenecer al mundo maldito: Madre amadísima y Rey nuestro adorado, consideradnos como vuestros. ¡Somos vuestros hijos, vuestros esclavos, vuestros apóstoles!

---

En la luz y con el apoyo de vuestra gracia queremos «*conservarnos incontaminados de la malicia y de la corrupción del mundo*»<sup>131</sup>.

El mundo está crucificado para nosotros, y nosotros para el mundo<sup>132</sup>. Estamos muertos para él, y él no existe para nosotros.

Prometemos combatir con toda nuestra energía la influencia perniciosa del mundo, y esperamos también, apoyados no en nuestra debilidad, sino en vuestra fortaleza invencible, tener parte y contribuir a vuestra infalible victoria.

Jesús, Madre amadísima, entre los mundanos, entre vuestros enemigos, hay algunos que se distinguen de los demás por su odio más feroz y por su corrupción más diabólica. Si se pronuncia vuestro nombre, si se topan con uno de vuestros emblemas, si se encuentran con uno de vuestros sacerdotes, se llenan de rabia, vomitan blasfemias y os llenan de injurias y escupitajos. ¡Toda su vida está puesta al servicio del mal, del pecado, del Anticristo!

Señor, divina Madre, ¿será presunción de nuestra parte? Querríamos ser para Ti, apoyados en tu gracia, lo que en el campo adversario son contra Ti los mundanos más corrompidos, los libertinos más desenfrenados, los francmasones más obstinados, los infieles más tercos, los persecutores más rabiosos, los bolcheviques más endiablados:

¡Un odio vivo y ardiente de Satán, del mundo y del pecado!

¡Un amor inflamado por Ti y por tu santa Madre!

¡Una aclamación incesante de tu grandeza y de tu bondad!

---

<sup>131</sup> Sant 1, 27.

<sup>132</sup> Gal 6, 14.

¡Una aspiración sin fin a tu triunfo y a tu Reino!

Querríamos resumir nuestra vida entera en un solo grito, en un solo lema, en el que se fusionen tres palabras tuyas y de tu Madre incomparable:

*«Ecce Ancilla Domini!  
Magnificat anima mea Dominum!  
Adveniat regnum tuum!»*

¡He aquí la Esclava del Señor!  
¡Engrandece mi alma al Señor!  
¡Venga a nosotros tu Reino!

